

45 AÑOS DE LA FACULTAD DE ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Ante una publicación reciente en *El Colombiano* sobre esta efeméride, entrevista que desconoce aspectos fundamentales del origen de la Facultad y de sus verdaderos promotores, el autor de este texto pretende subsanarlos.

Ya se sabe: "El éxito tiene muchos padres; el fracaso es huérfano".

Mario Yepes Londoño

Curiosamente, el ingreso de las artes a la Universidad de Antioquia hizo presencia primero en lo que hoy llaman el nivel básico: el Liceo de Bachillerato tuvo, entre fines de la década de 1940 y bien avanzados los años 70, una franja de materias artísticas en su pénsum, a cargo de maestros como Jorge Cárdenas Hernández y Darío Tobón Calle, en la plástica; Rodolfo Pérez González, Alberto Ospina y José María Bravo Márquez, en la música. No pocos futuros profesionales de esas artes surgieron de esa temprana educación y, en el caso de la mayoría, se logró una verdadera formación de público: en el Liceo el énfasis era la apreciación de las artes.

La exigencia a la universidad colombiana, en general, para que cumpliera ese papel en el nivel de la educación superior no vino de adentro, con la única excepción de los estudios literarios, altamente valorados desde siempre. En cuanto a las otras artes, tenemos que distinguir dos etapas: en una primera, incluso cuando, en distintos momentos e instituciones, se fueron incorporando la música, las artes plásticas y, finalmente, el teatro y las demás artes representativas, la ubicación en comparación con las tradicionales profesiones liberales fue de menor exigencia y valoración: no eran consideradas "programas universitarios"; no conducían a títulos iguales (cuando todo egresado era "doctor"); en una segunda etapa, que corresponde a las décadas de 1960 y 1970, lenta pero progresivamente se llegó a ese estatus similar al de las disciplinas tradicionales de nuestras universidades. Así, primero en la Universidad Nacional de Bogotá y, después de la nuestra, en la del Valle. Esto correspondió a una visión de reforma general de los planes de estudio, a la departamentalización de las facultades y al impulso a la investigación, que contó con la influencia benéfica de programas hoy lamentablemente desaparecidos como los Estudios Generales de Ciencias y Humanidades. El



El teatro de Epidauro, construido en el siglo IV a. C., es, en cierta medida, la representación de la música, las artes y la arquitectura. Por su excepcional arquitectura y estética, fue inscrito en la lista del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco en 1988.

indudable influjo norteamericano en estas iniciativas tuvo una expresión particularmente positiva en el campo de las artes. Es en Estados Unidos donde la institución universitaria, pública o privada, progresiva y aceleradamente desde comienzos del siglo XX, acoge a todas las artes, incluyendo el cine.

La enseñanza de las artes en Europa y en América toda, y aún en sus colonias de África y Asia, respondió a iniciativas privadas o públicas laicas por fuera de las universidades: academias, conservatorios, escuelas de bellas artes o de artes y oficios; estas últimas denominaciones corresponden a instituciones que entre nosotros, especialmente en Medellín, **dejaron una huella notable en la escasa vida artística, accidentada por la escasez de recursos**, por la inestabilidad política, por las guerras civiles.

En general estuvieron signadas por la menor exigencia, con notables excepciones; su huella, sin embargo, fue notable porque, pese a todo lo dicho, durante muchas décadas mantuvieron la posibilidad de formarse de manera básica en música y artes plásticas. Varias generaciones vieron surgir pequeños contingentes de artistas que, cuando tuvieron la oportunidad y los recursos, buscaron otros horizontes y mayor rigor para su formación. Bastaría pensar en el aporte de maestros como Pietro Mascheroni, pianista y director de ópera que a tantos de nosotros inició y formó en este género, para entender

lo que significó el Instituto de Bellas Artes durante cuatro décadas. En fin, esas instituciones mantuvieron la opción del estudio y de la creación artística en medio de sociedades pragmáticas para las cuales el arte era superfluo. El modelo europeo, por supuesto, que fue el de academias pequeñas regionales y al tiempo el de las notables, estaba encarnado por el Conservatorio de París o la *Schola Cantorum*, la Royal Academy de Londres, la Academia de Viena, el Real Conservatorio de Madrid, las del Bolshoi y del Mariinsky en

Rusia, la Academia Santa Cecilia de Roma, para citar algunas excepcionales. Ninguna era universitaria, aunque por supuesto el nivel académico y la proyección social eran y siguen siendo altísimos. Básicamente una formación, integral sí, pero exclusiva en las disciplinas del oficio como parte del pénsum. Se suponía que la alta formación humanística que obtenía el discente dependía finalmente de la cultura intelectual del docente de la teoría o de lo instrumental: la verdadera figura del maestro.

La idea de la adscripción de programas de formación artística en las universidades fue, pues, un aporte norteamericano.

El que esto escribe recuerda con gusto haber obtenido en 1981 una explicación para este fenómeno por parte de un profesor notable de la Universidad de California Berkeley: en una universidad es posible encontrar ya acogidas desde mucho antes todas las disciplinas humanísticas necesarias para la formación del artista de cualquier arte.

Similar fue mi propia argumentación, desde 1972 hasta 1975, para lograr la creación de la Escuela de Teatro de la Universidad de Antioquia: consistió en proponerle a la institución que acogiera al teatro como carrera universitaria, que en esencia se trataba de incorporar unas cuantas materias y prácticas características del oficio mismo, pues todo lo necesario para la formación del ciudadano y del intelectual que debe ser un artista, ya lo tenía la Universidad de Antioquia: se trataba en fin de que esta abriera ese regazo fecundo de siempre y su comprensión para responder a la necesidad social planteada.

La arquitectura fue quizá la primera en Medellín que alcanzó ese estatus académico similar al de otras profesiones, primero en la Universidad Pontificia Bolivariana, en

1943 (hoy Facultad de Arquitectura y Diseño), siete años después de la fundación de la propia UPB, tras su salida disidente de la orientación liberal de la Universidad de Antioquia en 1936, tiempos de la Revolución en Marcha de López Pumarejo. Luego se crea en la Universidad Nacional por la vinculación con la Escuela de Minas, como parte de la Universidad Nacional de Medellín; bastaría recordar la importancia de una sola persona, el maestro Pedro Nel Gómez, al mismo tiempo ingeniero, arquitecto y artista plástico, para tener una visión de golpe de una universidad en la cual había un clima que favorecía todo ello, donde además surgieron excelentes literatos en ese período fecundo a caballo entre los siglos XIX y XX.

El Conservatorio

El Conservatorio de Música fue primero una creación de la Asamblea Departamental de Antioquia (1960), como organismo adscrito a la Secretaría de Educación, paso que se dio simultáneamente con la vinculación de la antigua Banda Departamental. La propuesta al gobierno regional vino por parte de un grupo selecto de ciudadanos preocupados por la situación que entonces sobrellevaba el Instituto de Bellas Artes, dependiente de la Sociedad de Mejoras Públicas (fundación privada); ellos comprendieron que era necesario recabar del sector público el cumplimiento de su deber en la formación musical. De ellos, solo dos eran músicos aficionados: Margoth Arango de Henao, alumna de violín del maestro Joseph Matza, y quien durante doce años fue directora de la institución, promotora de la carrera de Educación Musical y del Festival Internacional de Música de Medellín, y Javier Vásquez Arias, abogado y fundador del primer conjunto de música medieval y del Renacimiento –Pro Música Antigua– que existió en Colombia; como ellos, todos los demás eran personas de muy antigua afición a la música y miembros de la asociación Amigos del Arte, con frecuencia promotores de eventos de artes plásticas, conciertos y festivales. Ellos fueron: Rafael Vega Bustamante (librero de profunda influencia en la vida artística e intelectual de Medellín, comentarista de música durante sesenta años en la prensa local), Ignacio Isaza Martínez (ingeniero), Marcos Peláez (comerciante y administrador), Luis Carlos Henao Posada (contador, subgerente de la Flota Mercante Grancolombiana en Medellín), Betty Heininger (bacterióloga y benefactora en el campo de la salud), Óscar Javier Restrepo (odontólogo) e Iván Correa Arango (abogado y durante años presidente del Banco Industrial Colombiano). Al grupo también perteneció el abogado, crítico de cine, experto en jazz y humanista integral, Bernardino Hoyos Pérez, quien dejó desde muy joven su huella ilustrada en la radio cultural de Medellín, de Colombia y en la BBC de Londres. En 1961, siendo rector de la Universidad el doctor Correa Arango, el Conservatorio de Música de Antioquia pasó al Alma Mater con el nombre de Conservatorio de Música de la Universidad de Antioquia.

El Conservatorio inició labores desde 1960 bajo la dirección del entonces muy joven maestro Rodolfo Pérez González (1929-2020), fundador de la Coral Tomás Luis de Victoria y docente de música en el Liceo de la Universidad, creador de toda una escuela de dirección coral que se ha extendido por todo el país, investigador notable de la historia de la música con excelentes resultados bibliográficos: sendos textos de vida y obra de Beethoven, Bach, Mozart, entre otros y, próximamente, Tomás Luis de Victoria. Valdría la pena reconstruir la importante labor que desarrollaron distinguidos maestros de las primeras etapas del Conservatorio, como el ya mencionado Maestro Matza, director de nuestra Banda Sinfónica y de la Orquesta Sinfónica de Antioquia, fundador absoluto de la escuela de violín que subsiste entre nosotros; Marta Agudelo Villa de Maya, gestora cultural de gran proyección y matrona de una dinastía de músicos y pedagogos; Gabriel Uribe (flauta, clarinete y saxofón), de refinada interpretación tanto en música clásica como andina colombiana; Darío Gómez Arriola (pianista); Pedro Nel Arango (clarinete); Enrique



Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Pintura del maestro Rafael Germán Rengifo.

Gallego (teoría y clarinete); Jonas Kaseliunas (fagot), Consuelo Echeverri de Escobar (teoría musical y expresión corporal). Mención especial amerita el maestro Harold Martina, eminente pianista de Curazao, de merecida figuración internacional, responsable del surgimiento y la formación superior de importantes intérpretes regionales y nacionales como Teresita Gómez, a su vez maestra de piano en la Facultad de Artes durante muchos años; el maestro Martina sería, en 1975, junto con Gustavo Yepes, apoyo principal de la fundación del programa de teatro. Entre sus alumnas, hubo tres más que durante muchos años aportaron grandemente a la formación de pianistas: María Victoria Vélez, Margarita María Velásquez y Consuelo Mejía. A la lista indispensable, hay que agregar a maestros de la teoría musical y de la historia y la apreciación de la música, como Mario Gómez Vignes, chileno de nacimiento y colombiano por identificación y aporte superior a la creación y la docencia; Jairo Yepes Salazar, quien, en compañía de la escritora Rocío Vélez de Piedrahíta, introdujo aquí el *Método Ward* de pedagogía musical; Alberto Marín Vieco, maestro inicial de nuestra escuela de violoncello; Olga Chamorro, maestra de viola en la Orquesta Sinfónica de Colombia,

tía del notable violinista y director Adrián Chamorro, quien introdujo en la Universidad el Método Suzuki de pedagogía del violín para niños; Gustavo Yepes Londoño, director de orquesta y de coros, fundador de la Orquesta Sinfónica del Valle, compositor y autor de textos teóricos; Blas Emilio Atehortúa, reconocido compositor antioqueño, director y docente, quien también fuera director del Conservatorio; el violinista gitano italiano Raúl Emiliani; Haydée Marín Álvarez, estudiante de la pedagogía musical en Colombia, Chile y Checoslovaquia, cuyo aporte fue fundamental para el desarrollo de nuestro Taller de Ópera y Teatro Musical, ella misma con logros excelentes en la dirección escénica.

La primera sede del Conservatorio fue una casona antigua, entregada en comodato, ubicada en la calle de Pichincha con la carrera Pascasio Uribe, donde se levantan hoy

las Torres de Bomboná. Un paso muy importante para la integración definitiva con la Universidad se dio entre 1967 y 1968, cuando el rector y promotor de la Ciudad Universitaria, el médico Ignacio Vélez Escobar, muy cercano al grupo fundador, apoyó el traslado de la institución y del Instituto de Artes Plásticas a la nueva ciudadela académica. En este proceso y en la solución arquitectónica, que consistió en la construcción y dotación de dos grandes bloques (24 y 25), tuvo decisiva participación el arquitecto y escritor Ariel Escobar Llano, esposo de la profesora Consuelo Echeverri, diseñador y promotor de la construcción del Teatro de la Ciudad Universitaria (Camilo Torres Restrepo), una de las mejores salas para conciertos y teatro que existen en Colombia, como lo sería luego el teatro de la Universidad de Medellín, también de su autoría.

La Escuela de Teatro y su primera organización en el Conservatorio

Hasta entonces, los programas (con la sola excepción de la Licenciatura en Educación Musical) tenían aquella estructura de las instituciones europeas: no conducentes a títulos de educación superior y con una notable carencia de materias humanísticas. Estas carencias solo se subsanaron a partir de 1975, cuando, al igual que el Instituto de Artes Plásticas, fueron estructurados como carreras similares a las del resto de la institución; en esto también fue pionera nuestra Universidad. En ese momento, con la creación de la Escuela de Teatro, la cual comenzó con esa nueva estructura académica, también cambió la estructura administrativa: por decisión del Consejo Superior, el Conservatorio acogió en su seno al nuevo Programa de Teatro y pasó a llamarse Escuela de Música y Artes Representativas. Con este nombre, se proponía desde el comienzo el futuro desarrollo de una Escuela de Danza (para la cual creó un programa la maestra Silvia Rolz, notable formadora y coreógrafa), pero esta aspiración solo se logró varias décadas después y hoy es una promisoria realidad.

La propuesta de la Escuela de Teatro fue presentada al rector Luis Fernando Duque por Mario Yepes Londoño en abril de 1972 cuando fue invitado por el profesor Rodrigo Montoya a dirigir el grupo oficial de teatro de la Universidad, El Taller, fundado por Alberto Llerena, notable titiritero y director cartagenero. A Llerena lo había reemplazado en la dirección el reconocido actor y director Edilberto Gómez, quien había abandonado el Teatro Experimental de Cali, al mismo tiempo que la maestra Yolanda García Reyna, actriz y directora de teatro y televisión, cuando ambos vinieron a Medellín a trabajar en la Escuela Municipal de Teatro fundada por Gilberto Martínez, cardiólogo, nombre importante en los ámbitos regional y nacional como dramaturgo, director y actor; la escuela fue cerrada por una alcaldada

de la Alcaldía de Medellín, por claras razones políticas de censura. Gilberto Martínez llegaría más tarde a trabajar en nuestra Escuela y hasta su muerte dirigió la Casa del Teatro, de labor meritaria en la escena y en la rica Biblioteca Gilberto Martínez, la más completa de su género en Colombia como centro de documentación.

Durante tres años, en una etapa de gran convulsión de la universidad colombiana, que entre nosotros incluyó un cierre de la actividad general durante cerca de un año, Mario Yepes reorganizó tres veces el grupo oficial hasta cuando, desde fines de 1973, conformó el elenco que de manera entusiasta colaboró con el director en la campaña interna y externa (en todas las funciones, en barrios, pueblos y universidades se hacía el pregón) para conseguir que las directivas universitarias crearan la Escuela de Teatro. Es justo recordar los nombres de esos estudiantes: Carlos Mario Aguirre, quien con Cristina Toro ha mantenido durante más de tres décadas el Teatro Águila Descalza, conocido en toda Colombia, en varios países de habla hispana y también en los Estados Unidos; Gustavo Fernández, por entonces estudiante de Ingeniería de la Universidad Nacional en Medellín, quien después de graduarse estudió cine en Bélgica y fue uno de los primeros directores de la Escuela de Cine de la Universidad Nacional en Bogotá; Luisa Margarita Henao, por entonces estudiante de Derecho en la Universidad de Antioquia y bailarina de la Academia de Ballet de Kiril Pikieris; Mauricio Duque, licenciado en idiomas (hoy traductor en la ONU), con largo recorrido de actor en Colombia y en Europa; Jesús Ramírez, estudiante de Derecho; Azer Vega, costeño, estudiante de Derecho en la Universidad Pontificia Bolivariana, estudioso y serio actor; Jairo Osorio Gómez, periodista y escritor, editor e investigador; los hermanos Gloria y Mario Agudelo, estudiantes de música; Clara Aguilar, egresada y profesora de Química; la actriz Nora Delgado; la actriz y socióloga Patricia Correa; la enigmática Roberta, de quien nunca nadie supo el apellido ni la vinculación académica; Jorge Tabares, durante largo tiempo Director de Extensión de la Universidad Eafit; Juan Rafael Tobón, diseñador; y Bernardo Ángel, quien tuvo el mérito de haber sido el más antiguo y persistente actor y dramaturgo de teatro callejero de Colombia.

Un fenómeno interesante fue el movimiento imitativo que se creó a partir de entonces. En el mismo año de 1975, invitado a ver nuestro montaje de su obra *Un réquiem por el padre Las Casas*, vino Enrique Buenaventura, en lo que sería la primera de sus muchas y fructíferas visitas a nuestra Escuela.

Pese a la visión crítica, escéptica, que por entonces tenía el gran poeta, dramaturgo y pintor sobre las posibilidades que tenían nuestras universidades de brindar una formación como la que necesitaba el movimiento teatral, finalmente Buenaventura se acogió a nuestra argumentación; un resultado fue su propia propuesta a la Universidad del Valle de crear allí la que hoy es otra clara realidad de gran influencia en su región y en el país.

Luego vendrían las Escuelas de Teatro en las Universidades de Caldas, Distrital de Bogotá, Javeriana, de los Andes, Surcolombiana de Neiva y la transformación del Instituto Departamental de Bellas Artes de Cali a los estudios superiores. En una primera etapa, la que estamos reseñando hasta 1980, aparte de Mario Yepes, los docentes de la Escuela de Teatro fueron exclusivamente del Conservatorio y, como estaba previsto, de Humanidades, Filosofía, Idiomas, Literatura e Historia de la propia universidad.

Importantes miembros del movimiento teatral colombiano como Enrique Buenaventura, **Carlos José Reyes, Santiago García, Jorge Alí Triana, Patricia Ariza**, o extranjeros como el mimo **Julien Gabriel**, alumno de **Marcel Marceau**, o el lingüista e historiador italiano **Giorgio Antei**, vinieron a dictar cursos y talleres.

Solo después de 1977 se vincularon algunos docentes que habían trabajado con Gilberto Martínez, como José Fernando Velásquez y Luis Carlos Medina; el excelente dramaturgo Henry Díaz, quien venía de la primera época del Pequeño Teatro; Sonnya Montero y Mario Cardona, egresados de la Universidad del Valle; y Thamer Arana, egresado de la Escuela Nacional de Arte Dramático, que por entonces dirigía el gran maestro Santiago García, y activo hasta el presente como docente, actor y director.

La creación de la Facultad y los desafíos que planteaba esa nueva escala de exigencia académica

Para concluir este recuento de las primeras etapas, es importante señalar un asunto sobre el desarrollo posterior: la creación de la Facultad de Artes, para reunir los programas de música, teatro y artes plásticas. Fue propuesta desde el mismo año 1975, por un comité espontáneo formado por Beatriz Restrepo Gallego (profesora de Filosofía, quien luego sería vicerrectora de la Universidad), Gustavo Yepes Londoño, Aníbal Vallejo Rendón (pintor, director de Artes Plásticas y futuro decano, uno de los nombres esenciales de nuestra Facultad) y Mario Yepes Londoño. Por entonces, la agitación permanente de la vida universitaria y hasta la oposición de algún sector interno, condujeron a que el proyecto debiera buscar otro momento oportuno; este se presentó en el año 1980, cuando al mismo grupo inicial se sumaron el economista Hernán Rojo Fernández, por entonces director de la Escuela de Música y Artes Representativas, y Javier Escobar Isaza, profesor de Filosofía y escritor, quien dirigía el Instituto de Artes Plásticas, una de las personas que más han

contribuido a la reafirmación de los programas iniciales de formación, a la organización administrativa y a la creación de los programas de postgrado. También fueron importantes los apoyos de profesores que participaron en las primeras administraciones, como los maestros Rodolfo Pérez González, Haydée Marín Álvarez y Carlos Arturo Fernández, doctor en Filosofía, especialista en Historia del Arte, más tarde decano y director de los postgrados, y Francisco Londoño, mentor como artista y docente, director de Artes Plásticas y decano de la Facultad de Artes. Sin duda, lenta pero promisoriamente la Facultad debió afrontar desde el comienzo por conciencia e iniciativa de sus propios gestores en 1975, la solución de otra carencia: la del nivel académico de los docentes iniciales, explicable precisamente por el hecho rotundo de que en todo el país no existían antes, como se explicó, las oportunidades de formación en un nivel superior de las artes, ni de las humanidades indispensables y la propia escasez (hoy notoriamente superada) de campos de trabajo y de valoración social del arte de alta exigencia. Siempre será urgente en ambos planos esa demanda de excelencia por parte de quienes tengan autoridad para exigirla por sus propias realizaciones artísticas y/o humanísticas, no por una supuesta superioridad. Aún con esa innegable realidad de desniveles académicos, aún más si se nos comparaba con disciplinas de presencia centenaria en la educación superior nacional y mundial, ciertamente no era comparable nuestro proceso, como se pretendió en el artículo reciente, de manera despectiva y ofensiva, con el tránsito de una venta de empanadas a un restaurante *gourmet*, tránsito que implícitamente solo se habría logrado por la presencia de algunas eminencias adánicas que luego no tuvieron asco en administrar con sobresuelo la venta de empanadas¹.

Aceptada la realidad del desequilibrio, la alternativa no era entonces en 1975 ni en 1980, ni lo fue después, abstenerse de tener una Facultad y esperar hasta reunir una caterva de ilustrados y refinados *gourmands criollos*: **el objetivo era hacer conciencia de la multidisciplinariedad en las artes** y tener adecuada representación en la administración central de la Universidad, particularmente en el Consejo Académico.

Cuando se están cumpliendo cincuenta años de la fundación de la Escuela de Teatro y de la conversión de los programas antiguos a los de formación superior, y cuarenta y cinco de la integración en Facultad, es importante vislumbrar el futuro, sin duda promisorio, de nuestra Facultad de Artes. La garantía será, justamente, que sea cada vez más de educación superior por la excelencia paralela de las humanidades y el oficio artístico y por la afirmación de programas

1. Qué poco respeto por las empanadas. Qué limitado *gourmand arribista*...



Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Pintura del maestro Rafael Germán Rengifo.

en los cuales de manera rotunda se propenda por crear en los estudiantes una conciencia política y una verdadera cultura de sus oficios artísticos; esa que, sin desconocer las novedades y los aportes sólidos del presente, reconozca la herencia inveterada y universal de todas las artes. La historia de la Facultad en las dos últimas décadas, de los progresos muchos de ellos muy notables y de las carencias por remediar en la formación y en la proyección deberá ser escrita con rigor y justicia.

Mario Yepes Londoño

Actor, director y dramaturgo. Fundador, con un grupo de estudiantes, de la Escuela de Teatro, y cofundador y luego decano (1983-1986) de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia.